

*Un opúsculo
en dos partes de*

Carolyn Richmond

titulado

Las raíces granadinas de *El jardín
de las delicias* de Ayala

1. La siembra
2. La cosecha

En conmemoración
del duodécimo aniversario
del fallecimiento en Madrid,
el 3 de noviembre de 2009,
del granadino escritor
Francisco Ayala.

**Las raíces granadinas
de *El jardín de las delicias*
de Ayala**

1. La siembra

*En la oscurecida tierra solo se
oía un rumor de oculta acequia.*

Francisco Ayala
«Diálogo de los muertos» (1939)

Concebido, nacido y criado en Granada, ahí sembró —metafóricamente, claro está— el escritor Francisco Ayala las semillas de un rico, escalonado y variadísimo florilegio poético titulado *El jardín de las delicias*, el cual, en diversas ediciones que datan desde 1971 hasta 2006, reflejaría, en palabras, potenciadas a veces por imágenes —como si de un «espejo roto» se tratara—, lo vivido, y sentido, por su creador. En constante metamorfosis poética a lo largo de unos treinta años, aquellas semillas juveniles germinadas en el subconsciente del futuro escritor empezaron a brotar, esporádicamente, en obras suyas de invención redactadas entre 1939 y 1960, décadas estas que pasó el exiliado autor en Argentina, Puerto Rico y Estados Unidos; mas a partir de este último año, cuando pudo regresar —según

en sus *Recuerdos y olvidos (1906-2006)* cuenta— a España así como, y sobre todo, a su durante tantos años añorada ciudad natal, empezarán aquellos frutos poéticos a madurarse, tanto en tamaño como en significación, hasta llegar bien pronto a desempeñar, directa o indirectamente, en su extensa y variada obra de invención un papel cada vez más complejo y sustancial.

¿Se le considera a Ayala un escritor «granadino»? Sí... y no, pues el haber nacido, y haberse formado hasta los quince años, en esta ciudad tan singular, con su historia de luchas *cainitas* entre moros y cristianos, dinastías medievales o, sencillamente, entre familias y vecinos —todo aquel telón de fondo geográfico e histórico de la Granada de la infancia y juventud del futuro escritor Francisco Ayala García-Duarte—; el haber nacido y crecido ahí, digo, palidece al compararse con el marco de la realidad histórico-social de la España de los años veinte y el período revuelto anterior a la guerra civil, cuyas consecuencias resonarían en todos los aspectos de la vida española —y granadina— en las décadas por venir. Cabe recordar, sin embargo, que en las historias que integran *Los usurpadores* (Buenos Aires, 1949) desempeña esta, su ciudad de nacimiento, un papel trascendental.

En la primera parte de sus memorias, titulada —acertadamente— «Del paraíso al destierro», cuenta Ayala cómo en su propia familia hubo, durante la Primera Guerra Mundial, una marcada división entre germanófilos (el lado paterno) y aliadófilos (el materno), enfrentamiento que hasta cierto punto llegó a afectar al joven Francisco, encargado por su progenitor de leerle en voz alta los deta-

llados reportajes acerca del conflicto en la prensa del día. En la vida diaria del Ayala adolescente, recordada en los primeros capítulos de estas memorias (reproducidos, dicho sea de paso, en un librito utilizado en un programa de escritura «literaria» ofrecido en numerosos institutos de la provincia y titulado *Recuerdos de Granada [Una antología]*), también hubo momentos de luchas partidarias entre pandillas opuestas de jóvenes que, casi instintivamente, reflejaban en sus prejuicios y actuaciones los de sendos clanes o familias...

Tanto en la historia de su ciudad natal —con sus barrios distintos, irrigados por una red de acequias enlazadas, al borde de los ríos Darro y Genil; sus palacios, alcázares y torres de mezquitas; sus guerras religiosas y sus guerras fratricidas; sus épocas de gloria y momentos de miseria—, como en sus propias experiencias en la Granada de su infancia y juventud encontraría el escritor Francisco Ayala, a partir de los años 1920, inspiración para una extensa obra de invención que abarcaría unas ocho décadas del siglo pasado: una obra cuyas hondas raíces granadinas están ahí para el que las quiera descubrir —o bien, según reta el narrador/autor al final del epílogo de su *jardín de las delicias*— para quien *se atreva a destapar el arca de palabras* en la que ha *preservado* aquel su propia experiencia vital.

Experiencia e invención se titula una recopilación de ensayos ayalianos acerca de este tema clave a que venimos aludiendo hasta aquí, compendio cuya fecha de publicación, 1960, coincide, cabe señalar, con el del primer viaje de vuelta del exiliado escritor Francisco Ayala, no solo a España, sino a su Granada natal, experiencia esta que,

como si de un puzle vanguardista se tratara, está ahí para ser reconocida, reconstruida y al final *resuelta* por el lector activo a través de varios, y variados, escritos de Ayala redactados a partir de dicho año para él trascendental.

Las huellas, tanto simbólicas como reales, de Granada en la obra de invención de Francisco Ayala resultan ser, en su diversidad, más numerosas, y complejas, de lo que a primera vista sugeriría una lectura más bien literal de ella. Ayala es un narrador esencialmente poliédrico cuyos escritos se prestan —precisamente por ello— a una diversidad de lecturas e interpretaciones.

Durante el medio siglo que estuvo nuestro autor ausente de su propio *paraíso perdido* granadino estaría su ciudad cada vez más intensamente presente en su cabeza, y en su corazón. Era algo, diría yo, casi mágico: como el sonido, suave, de las acequias que sigue rebajando las durezas de la vida granadina. Creó un mito, el de «Nuestro jardín», basado en un cuadro pintado por su madre, Luz García-Duarte, cuyo padre, el doctor Eduardo García Duarte, fue rector de esta espléndida universidad... Regadas por las acequias, en el microcosmos de Granada se sembrarían, pues, para un futuro entonces inimaginable que ya es hoy, las semillas, no solo de las variadas *delicias* de su poético *jardín*, sino también del entero corpus literario del hijo pródigo de Granada: el escritor Francisco Ayala García-Duarte.

**Las raíces granadinas
de *El jardín de las delicias*
de Ayala**

2. La cosecha

[O]lvidados, paseábamos... bajo un cielo de azul perfecto, sin otro ruido que el continuo rumor del agua y algún gorjeo del pájaro que tal vez ha saltado de una rama a otra.

Francisco Ayala
«Lloraste en el Generalife» (1992)

Arrancado a los quince años de sus raíces granadinas, el escritor en ciernes Francisco Ayala almacenó para quién sabía por cuánto tiempo los recuerdos, y olvidos, de aquel período tan decisivo para retomar su joven vida en la villa de Madrid y, en su calidad de *escritor incipiente* (véase el así titulado apartado de sus *Recuerdos y olvidos*), ponerse al día con respecto a las tendencias literarias más recientes. En cuanto a las posibles huellas que sus propias vivencias juveniles en Granada pudieran haber dejado en su escritura anterior al año 1930 (fecha esta de su última obra de invención hasta finales de la guerra civil), el contenido de sus dos primeras novelas, *Tragicomedia de un hombre sin*

espíritu (1925) e *Historia de un amanecer* (1926), proporciona amplias pruebas «ficcionalizadas» de su propia vida de muchacho en Granada tal como la evocaría, décadas después, en sus memorias. También en los textos vanguardistas reunidos en *El boxeador y un ángel* (1929) y *Cazador en el alba* (1930) se pueden apreciar detalles vinculados con vivencias juveniles suyas en Granada.

Después..., y hasta comienzos del año 1939: silencio, un silencio creativo roto, por fin, en Francia, donde, a finales de enero, y de la guerra civil, redactó Francisco Ayala, de un tirón, su lírico, y sumamente conmovedor, *Diálogo de los muertos*, publicado ese mismo año en la cosmopolita ciudad de Buenos Aires, donde acabaría pasando el autor la primera década de su exilio. Da comienzo a esta *Elegía española* con una evocación en que bien podría verse una arraigada alusión acuática que trae a la mente en seguida los arroyos subterráneos de su tierra natal. Está protagonizado el *diálogo* por las anónimas voces de unos también anónimos muertos esparcidos bajo la tierra en un «silencio húmedo que rezumaba, calaba hasta lo más hondo; un silencio que era ausencia y vacío de la atronadora refriega, ya pasada. No había nada —remata el narrador—, nada sobre la tierra...».

«Nada.» *En el principio era el Verbo* (Jn 1.1). Empiezan en el texto los esqueletos a hablar, dialogar. A ver si, fallecidos los *hermanos* ya, se rompe de una vez la maldición del cainismo que en el mundo, en España, en el microcosmos de Granada, tantas víctimas, anónimas o no, ha dejado enterradas por una animadversión que ¿cuándo?, preguntaría Ayala, ¿cuándo cesará? «En la oscurecida tierra

—concluye el narrador de su lírico *Diálogo*— solo se oía un rumor de oculta acequia»... Más *granadino* no podría ser, sugiero yo, el sonido de este apagado, y melancólico, arroyo subterráneo.

Al motivo *fluvial* de esta pieza, inspirado sin duda alguna por el runrún de las acequias subterráneas de la Granada de su juventud, habría que agregar otros, de carácter personal, que influyeron de algún modo en la literatura de Francisco Ayala tras retomar, en el exilio, su vocación poética: me refiero a las pérdidas familiares que en aquella época sufriera, entre ellas la de su madre, fallecida en Burgos en octubre de 1935; y las de su padre y su hermano menor Rafael, fusilados por los franquistas al año siguiente en la misma ciudad (la cual, junto con Granada, desempeñaría un cierto protagonismo en las historias reunidas, en 1949, en su libro *Los usurpadores*).

Esta última compilación, que lleva como epílogo —dicho sea de paso— el conmovedor *Diálogo de los muertos*, y como introducción, un *pseudo-erudito* *Prólogo* que refleja el estado de ánimo del escritor Ayala una década después de su salida al exilio, recoge dos textos para nuestros efectos importantísimos: *La campana de Huesca*, cuyas metafóricas alusiones subterráneas del comienzo traen a la mente al ambiente del referido *Diálogo*; y la «granadina» historia de *San Juan de Dios*, cuya caritativa reconciliación entre «hermanos» enfrentados puede interpretarse como una invitación, auténtica, a una reconciliación entre nosotros, los simbólicos herederos de Caín y Abel.

Otra prueba —una curiosidad literaria, por cierto— de que Granada, y sus pasadas luchas fratricidas, estuvie-

ran muy presentes en la mente de nuestro autor en sus primeros años del exilio es una edición bonaerense, abreviada y adaptada en 1942 por Francisco Ayala, de las *Guerras civiles de Granada* de Ginés Pérez de Hita.

Aunque no se olvidaría Ayala a lo largo de la década de los cincuenta —que pasaría, primero en Puerto Rico, luego en Nueva York— de sus raíces natales, se sintió —como es natural— viviendo en el momento *presente*, reflejado en el contenido de su obra narrativa de aquel entonces: una *cosecha* narrativa ubicada en una realidad geográfica internacional que reflejaría, como es natural, sus propias vivencias: Puerto Rico, el Caribe, Estados Unidos...

El cambio ocurrió en el año 1960, cuando la situación le permitió volver, por fin, a la *ingrata patria*. Aquel verano viajó Francisco Ayala en avión a París, alquiló un coche, se dirigió a la frontera española, pasó por Burgos, arribó a Madrid... y enseguida emprendió el camino hacia Andalucía: Córdoba, Sevilla y, por último, su ciudad natal: Granada... cuyo aspecto físico, según en el apartado «Regreso a la tierra natal» de sus memorias cuenta, en «casi medio siglo» no había cambiado nada: «Todo respondía —escribe— y se ajustaba en seguida a la imagen de mi recuerdo»...

Fue, para él, este primer retorno tanto un principio como un final: un definitivo cierre a la vez que un comienzo nuevo. El resto —en lo que a esta, su ciudad natal concierne— ya es «historia». Disfrutaría mi esposo, a lo largo de casi medio siglo, de la admiración, la generosidad y, sobre todo, el cariño de sus conciudadanos. Los cuales quizá ignoran que durante las últimas décadas de su vida

se inspiró el Ayala narrador para obras suyas de invención —especialmente, para quizá la más conocida de ellas, *El jardín de las delicias* [1971-2006]— en la Granada, bien sea la de los «santos lugares» de su remotísima juventud, bien sea la de sus bellezas naturales: entre ellas, los jardines del Generalife, donde, en un casi solitario paseo el «18 de noviembre de 1992», me sorprendió llorando... momento este que luego, en las palabras que arriba figuran, capturó.

*«La siembra» y «La cosecha»
fueron publicados en el
diario Granada Hoy
el 4 y el 5 de
noviembre
de 2021.*